BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿EXISTE EL CIELO?

Nuestro destino, ¿es el cielo o la tierra? ¿Resucitaremos todos?

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Depósito legal: M. 2.866-2012
ISBN: 978-84-7770-617-5

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

PRESENTACION

Amigos lectores:

Pensamos poco en el cielo. Los más ponen su dicha en la tierra en la que estamos sólo de paso y no esperan en el más allá.

Advierto que he escrito otros tres libros titulados: «Vamos de camino», «El más allá» y la «Buena noticia», en los que he hablado ya algo de este tema; mas en el presente quiero no sólo recordar las principales pruebas de su existencia, sino también hacer ver la verdad de nuestra resurrección corporal y el gran error de los que ponen en la tierra su felicidad por la diferencia casi infinita que existe entre el cielo y la tierra, y por último señalar los medios que tenemos para ganar el cielo a fin de que, cerciorados de estas verdades dogmáticas, reconozcamos que en la tierra vivimos como extranjeros y no somos más que peregrinos, por lo que debemos tener puesta nuestra esperanza en el cielo, por cuanto nos dice el apóstol San Pablo: «No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» *(Heb. 13,14).*

A la luz de la revelación divina comprenderemos esta sublime y consoladora verdad.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 31 de marzo de 1987

BREVES REFLEXIONES

¿Quién soy yo en la actualidad?

Soy un peregrino, un viajero sobre la tierra (Heb. 11,13), y por tanto no he de vivir mucho tiempo en ella.

Yo sé que hace cien años no existía y dentro de pocos o acaso en breve dejaré de existir. Como dice el Santo Job: *Pocos son los años que me restan, y es sin vuelta el camino por donde voy»* (16,22).

La experiencia nos está diciendo que los hombres viven poco tiempo sobre la tierra. Los más fuertes viven unos ochenta años, y lo que pasa de esta edad son achaques y dolores (Sal. 90,10), y el Sabio dice: *«El número de los días del hombre, a más tirar, son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar»* (Eclo. 18,8).

El retrato de todo hombre se ve reflejado en estas palabras de Job: *«El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita»* (14,1). *«El paso de una sombra es nuestra vida»* (Sab. 2,5).

Si vivimos tan poco tiempo sobre la tierra y pronto vamos a dejar de existir, ¿podré hallar la felicidad en este mundo? ¿Cómo podré darle sentido a mi vida?

¿Qué anhela el hombre en este viaje sobre la tierra?

No hay duda que todos buscamos la felicidad, todos la anhelamos y la queremos; pero ¿dónde está? ¿La podremos hallar aquí en la tierra?

Los teólogos nos hablan de dos clases de felicidad o bienaventuranza: una *natural*, que conviene a nuestra naturaleza humana tomada como es en sí, la que el hombre puede alcanzar con sus propias fuerzas y que tiene por objeto los bienes naturales; otra *sobrenatural*, que excede todas las facultades de la criatura y se alcanza por el auxilio de la gracia, y ésta puede ser *imperfecta* en cuanto el hombre se une al Creador de todas las cosas, o sea, al Sumo Bien, del modo que es posible en esta vida mortal, y puede ser también *perfecta*, la cual consiste en la posesión del Sumo Bien de un modo perfectísimo, según toda la capacidad de la criatura y se obtiene en la vida futura.

De esta bienaventuranza perfecta disfrutará el alma sola separada del cuerpo y *completa totalmente* (que es la que gozará en el cielo, después de la resurrección), todo hombre compuesto de alma y cuerpo...

El hombre que busca aquí en la tierra su felicidad, ¿dónde la hallará? Los más suelen ponerla

en poseer muchas riquezas, en alcanzar honores y gozar de los placeres de este mundo. Pero ¿qué sucede? Que los ricos no son felices, andan agobiados, intranquilos por el temor de perder las riquezas que poseen o que otros se las roben, y los ricos terminan con las manos vacías: *«Amontonan y no saben para quién»* (Sal. 39,7).

No seamos insensatos. Tú piénsalo bien. ¿Por qué vivir tan afanados por adquirir tales riquezas, si las van a dejar muy pronto aquí y no se las podrán llevar consigo, y es más, otros que no han trabajado *«¿se van a dar buena vida a cuenta de ellos?»* (Eclo. 14).

¿Qué más da morir con un millón de pesetas o con cien millones o con nada? ¿Por qué afanarse tanto, siendo así, como dice San Pablo, que *«nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él?»* (1 Tim. 6,8). Por eso añade: *«Teniendo con qué alimentarnos y con qué vestirnos, estemos con eso contentos»* (id.).

Ante esta perspectiva, ¿cómo es posible que los hombres sueñen en poner su felicidad en las cosas de la tierra?

No hay duda. ¡La felicidad existe!

En todos los hombres hay un deseo innato de felicidad y por tanto ésta existe, y no es un sueño o una vana quimera. Lo que sí es cierto es que la felicidad no se halla en las cosas de la tierra: honores, riquezas o placeres y tenemos que buscarla más alto, pues Dios nos ha creado para bienes mayores.

¿Dónde, pues, la hallaremos? En la posesión de aquel que es fuerte y causa o Creador de todos los bienes existentes, o sea, en el Bien Sumo que no es otro que Dios. Él es el Bien inmutable y absoluto, reunión de todos los bienes, y eternamente durable.

No habiendo, pues, en las criaturas bien alguno inmutable y eternamente durable, es evidente que la felicidad exige la existencia de un Ser Supremo, que es el único del que dimanan todas las criaturas y el único que puede hacerlas felices.

Cualquiera cosa que tenga fin y sea limitada no puede satisfacer las aspiraciones del corazón, ni dejarlo tranquilo por un solo momento, y al existir el sentimiento íntimo de la felicidad en todos los corazones, sentimiento que es constante y universal, en todo los tiempos, en todos los países y en todas las circunstancias, es evidente que el hombre ha sido creado para conseguirla. Y como Dios es el que ha puesto aspiraciones infinitas en el corazón humano, El es el que puede llenarlo.

¿Qué es, pues, necesario para lograr la felicidad? En general diremos que para lograrla es necesario e indispensable para todo hombre apartarse del vicio y del pecado y seguir el camino del orden y de la moralidad, pues cualquiera desviación de este camino, no siendo desarrollo legítimo de la actividad, necesariamente ha de conducir fuera del orden a la infidelidad, a la desgracia.

De esta raíz proviene ya en esta vida la satisfacción del hombre cuando obra bien y el descontento y el remordimiento cuando obra mal.

Dios Creador sale al encuentro del hombre, o sea, de nosotros, criaturas suyas, y nos revela una norma de moralidad y nos señala como premio una felicidad *temporal* y *eterna*, la cual podremos lograr si vamos por el camino de sus mandamientos.

Ya en la Antigua Ley Dios dijo a los israelitas por medio de Moisés: *«¡Oh, si siempre me temiérais y guardárais mis mandamientos, para ser felices vosotros y vuestros hijos»* (Dt. 5,29).

La felicidad temporal se refleja ya en estas palabras: *«Si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos... y comeréis vuestro pan a saciedad... Daré paz a la tierra...»* (Lev. 26,3-6). *«Yo daré también hierba a los campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás...»* (Dt. 11,15). De lo contrario, si no servís a Dios de todo corazón y quebrantáis sus mandamientos, echarás en tu campo mucha simiente y cosecharás poco, y todo te sucederá mal (véase en el cap. 28 del Deuteronomio y en el 26 del Levítico cuanto se opone a la felicidad del hombre sobre la tierra).

La felicidad eterna es el fin o cumplimiento de la Ley de Dios, pues sólo por el camino de sus mandamientos se llega a la salvación eterna, así lodice Jesucristo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

En la Biblia leemos: *«Dios le señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre toda la tierra... Dióle inteligencia, lengua, ojos..., para que viera la grandeza de sus obras,*

para que alabara su santo Nombre y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad» (Eclo. 17,3).

«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el hombre todo» (Ecl. 7,12), es decir, a esto se reduce el ser del hombre y para esto fue creado para que alabara y glorificase a Dios guardando sus mandamientos, y así poder ser feliz.

En consecuencia: la felicidad existe, pero la verdadera no consiste en los bienes de la tierra, ya que nuestro destino no está circunscrito a la vida presente, sino que mira a la vida futura, pues no todo termina aquí.

Tenemos ejemplos innumerables que resumen en las palabras de Salomón y en la de San Agustín. El rey Salomón disfrutó de toda clase de riquezas y placeres terrenos y terminó diciendo: *«Vanidad de vanidades y todo vanidad»*.

San Agustín, después de una vida de pecado, reconociendo que el centro de la felicidad estaba en Dios, se volvió a El y dijo: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

La verdadera felicidad está en poseer la vida eterna, o sea, el cielo.

¿Resucitaremos todos?

¡La muerte y la resurrección! Lo cierto es que todos nos vamos muriendo, todos somos mortales, por cuanto vemos que poco a poco las gentes van desapareciendo de la escena de este mundo,

y parten de él sin riquezas, sin fincas..., todo lo dejan aquí.

Al visitar el cementerio, vemos que allí yacen pueblos y pueblos enteros, o sea, generaciones que se van sucediendo unas a otras... Ayer muchos de nuestros familiares, amigos y conocidos... y mañana nosotros les seguiremos... Nosotros les vimos pasar cuando los llevaban al cementerio y muy pronto otros nos verán pasar a nosotros.

¿Termina todo aquí o hay un más allá? Al ver un cadáver nos quedamos tristes y pensativos..., pero pasa por nuestra mente un pensamiento como si aquella muerte fuera para ellos y no para nosotros, y es que en realidad «no morimos del todo», porque tenemos alma inmortal. El cadáver es como una jaula de la cual ha salido la avecilla, en este caso el alma que no muere.

La Biblia nos habla de la muerte del justo y del pecador, pero de muy distinta manera. La muerte del que carece de creencias católicas, del que no cree en el más allá, el que vive sin fe y en pecado, o sea, para el que es quebrantador de los mandamientos de Dios, es muy triste, y según las palabras del salmista: *«La muerte de los pecadores es pésima»* (Sal. 33,22); mas para los justos o cumplidores de la Ley de Dios *«su muerte es preciosa a los ojos del Señor»* (Sal. 115,15). *«Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus buenas obras los acompañan»* (Apoc. 14,13).

Para el justo la muerte no es muerte sino resurrección y vida. La muerte corta los lazos que unen nuestro espíritu a la materia, ella pone en

libertad a nuestra alma, sacándola de la cárcel de este cuerpo en el que estaba aprisionada... y al salir del cuerpo será transportada al cielo, a la región de dicha eterna.

¿Resucitaremos realmente? Es un dogma de fe que todos los hombres habremos de resucitar antes del juicio final con los mismos cuerpos y almas que tuvimos en la tierra. Puesto que los cuerpos han sido animados por almas inmortales, deben, sin duda, volver a ser animados un día por ellas para completar la naturaleza humana.

La Sagrada Escritura nos habla así de la resurrección:

«Llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que han obrado el bien, para la resurrección del juicio» (Jn. 5,28-29).

El Santo Job en medio de sus miserias exclamaba: *«Yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios...»* (2i,25).

Dios por medio del profeta Daniel dice: *«La multitud de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán; unos para la vida eterna, otros para oprobio* para que lo vean siempre» (12,2).

Uno de los Macabeos, que fue barbaramente mutilado en el suplicio, dijo al tirano: *«Tú, pervertísimo, nos quitas la vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará en la resurrección de la vida eterna»* (2 Mac. 7,9).

Nuestro Señor Jesucristo manifestó esta verdad a los saduceos con el siguiente argumento: *«De la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que dice Dios? Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven en El»* (Mt. 22,31). Al decir que «es Dios de vivos», la consecuencia es que Abraham, Isaac y Jacob siguen viviendo, luego sus almas son inmortales, y nos da a entender que la resurrección es una consecuencia necesaria de la inmortalidad del alma.

Los apóstoles anunciaban esta gran verdad como el sumario de su predicación, porque *«si los muertos no resucitan,* escribía San Pablo, *es vana nuestra predicación y también es vana nuestra fe. En este caso, los cristianos seríamos los más desgraciados de todos los hombres»* (1 Cor. 15,13); y es más, sigue diciendo con energía: *Cristo resucitó, y nosotros resucitaremos»*. Si ha resucitado Cristo, Nuestra Cabeza, necesariamente seguirán su suerte todos los que somos miembros o componemos su cuerpo moral...

A los que dicen que es imposible la resurrección de los muertos, les diremos que Dios, que creó al hombre con un poco de barro, ¿no va a poder recomponer el cuerpo del mismo hombre, aunque esté reducido a polvo? El sabe dónde están sus partículas dispersas y no las pierde un solo instante de vista. Negar la posibilidad de la resurrección, es negar la omnipotencia de Dios.

Además tenemos el hecho de la resurrección de Cristo. El resucitó; luego es posible la resurrección, y lo es porque el Evangelio, que es un

libro verdaderamente histórico, nos refiere muchas resurrecciones de muertos.

Viviendo cristianamente, o sea, conforme a la Ley de Dios, no debemos temer la muerte. La Liturgia de la Misa de Difuntos nos consuela y anima a vivir con la esperanza en el cielo al decirnos: «La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo».

San Pablo también nos dice: *«No estéis tristes como los que no tienen esperanza...»* (1 Tes. 4,13). «Con la muerte pasamos a la inmortalidad» (S. Cipriano). El cristiano muda la vida presente por otra mejor.

¿Existe el cielo o vida eterna?

San Agustín al hablar del cielo dice: «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (Lib. de Civit).

El cielo es morada de Dios y de los santos que parten de este mundo. El cielo es el premio eterno que Dios tiene preparado para los que les sirven y le aman en esta vida, y Él llama «bienaventurados» a los pobres, a los que lloran y les toca sufrir en esta vida, y los anima diciéndoles: *«Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo»* (Mt. 5,12). *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en él»* (Hech. 14,21).

El cielo es un estado de felicidad inenarrable. El hombre con sus fuerzas naturales no puede comprenderla: *«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (2 Cor. 12,4)... ¡Cuántas cosas bellas hemos visto, en la naturaleza, en las grandes ciudades, cuánta hermosura en el firmamento!... y, sin embargo, a pesar de tantas maravillas como hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo, que consiste en la posesión perfecta de todo bien y en la carencia absoluta de todo mal...

«En el cielo ya no tendrán hambre ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni dolor» (Apoc. 7,16; 21,4).

En el cielo tampoco podrán pecar los bienaventurados, porque su voluntad se halla de tal modo confirmada en el bien por una íntima unión de caridad con Dios, que les es moralmente imposible apartarse de El por el pecado.

La felicidad del cielo es de una duración eterna: *«Los justos irán a la vida eterna... y los impíos al suplicio eterno»* (Mt. 25,46) (Véase mi libro: «*¿Existe el infierno?*»).

Es una verdad de fe que los bienaventurados en el cielo gozan de la visión intuitiva de Dios, de un modo sobrenatural. Y está muchas veces definido, primeramente por Benedicto XII, en su Bula «Benedictus Deus», en la que declara, que las almas completamente purificadas entran en el cielo y contemplan inmediatamente la esencia divina, viéndola cara a cara, pues dicha divina

esencia se les manifiesta inmediata y abiertamente, de manera clara y sin velos; y las almas, en virtud de esa visión y ese gozo, son verdaderamente dichosas y tienen vida eterna y eterno descanso (Dz. 530).

En el Concilio de Lyon dice que las almas «luego de separadas de sus cuerpos y convenientemente purificadas, son recibidas inmediatamente en el cielo» (Dz. 464), y añade el Concilio de Florencia: «Y ven claramente a Dios mismo, trino y uno tal como es, pero con más perfección unos que otros, según sus méritos» (Dz. 693).

Este dogma de fe está expuesto claramente en muchos lugares de la Sagrada Escritura. Ya en el libro de Job este santo se regocija con esta esperanza: «*Veré a mi Dios en mi carne, el cual he de ver yo mismo*, etc.» (29,25). En el evangelio de San Mateo, Jesucristo llama *bienaventurados a los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (5,8), y en el mismo Evangelio manda respetar a los pequeñuelos «*porque sus ángeles en el cielo siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos*» (7,10). Y el sentido verdadero de estas palabras, queda explicado por el paralelismo de aquellos lugares en donde se dice que los bienaventurados «*serán como ángeles de Dios en el cielo*» (Mt. 22,30; Lc. 20,36).

Esta doctrina se ve expresada con toda claridad por el apóstol San Pablo: «*Ahora le vemos como por un espejo y en enigma, mas entonces cara a cara. Ahora le conozco en parte, mas entonces le conoceré así como me conozco*»; palabras notables por la distinción que en ellas se

hace entre la visión abstractiva en esta vida y la visión intuitiva en el cielo.

Esta visión intuitiva hace en cierto modo a los bienaventurados semejantes a Dios, según enseña el apóstol San Juan: *«Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es»*; y no hay duda que habla de la visión beatífica, como lo prueba el texto paralelo: *«El trono de Dios y el Cordero estará en aquella ciudad, y sus siervos le servirán y verán su cara* (1 Jn. 3,2; Apoc. 22,4).

Los Santos Padres han enseñado constantemente la misma doctrina y sería interminable copiar sus testimonios.

La diferencia entre el cielo y la tierra

Para formarnos una idea del cielo y de la felicidad de los elegidos, consideremos la inmensa diferencia que hay entre la tierra y el cielo. La vida en la tierra no es más que una muerte lenta.

San Agustín dice: «No sé si he de llamar a esta vida una muerte que vive, o una vida que muere».

San Pablo a los hebreos: *«Nuestros padres confesaban que eran extranjeros y viajeros en la tierra»* (11,13).

San Ignacio de Loyola exclamaba: «¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro al cielo!».

Y el mismo San Agustín dice: «¿Qué queréis? ¿Queréis amar las cosas temporales y pasar con el tiempo; o no amar el mundo y vivir eternamente con Dios?».

Todo lo que existe en la tierra es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en el cielo, al lado de Dios, todo es sólido, eterno, inmutable, incorruptible, verdadero y seguro.

La vanidad de las cosas de la tierra está en posición con la realidad de las cosas celestes: en aquéllas sólo hay fragilidad; en éstas solidez; en aquéllas brevedad; en éstas eternidad; en aquéllas, cambios; en éstas, inmutablidad; en aquéllas, muerte; en éstas, vida y vida constante.

San Agustín lo dice así: «En la tierra se halla turbación; en el cielo, posesión tranquila; en la tierra, amarguras; en el cielo, gloria y un poder que no engaña; aquí el temor de que el amigo se convierta en enemigo; en el cielo, el amigo no deja de serlo, porque el cielo no conoce la enemistad; en la tierra, se teme perder lo que quiere poseerse; en el cielo, Dios, que es el autor de la recompensa eterna, la da para siempre a los que disfrutan de ella.

«En la tierra somos desgraciados, vagamos sobre las olas de un mar borrascoso, expuestos a las tempestades y naufragios, no sabemos si llegaremos al puerto. Nuestra vida es un destierro, andamos rodeados de peligros, y en la hora de la muerte ignoramos si iremos al cielo. En el cielo no hay destierro, ni peligros, ni incertidumbres, ni tempestades, ni naufragios» (Medit. c.19).

San Beda, el Venerable, dice: «Siete cosas son necesarias para la felicidad del hombre, y sólo pueden encontrarse éstas en el cielo:

1.ª una vida que no ponga término a la muerte;

2.ª una juventud no seguida de vejez;
3.ª una luz que no deje de brillar;
4.ª una alegría jamás alterada por la tristeza;
5.ª una paz no expuesta a turbarse;
6.ª una voluntad que no experimente obstáculos;
7.ª un reino que no pueda perderse.»

Y el mismo San Agustín dice: «La tierra no es más que una cárcel; sin embargo, esta cárcel es ya bella, agrada; ¿qué será, pues, de la patria?».

Después de la resurrección los cuerpos de los elegidos participarán de su gloria. *«El cuerpo,* dice San Pablo, *a la manera de una semilla es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible; es puesto en la tierra todo disforme, y resucitará glorioso; es puesto en la tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor; es puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual»*, esto es, libre de todas las alteraciones materiales, y perfectamente concorde con el espíritu (1 Cor. 15,42-44).

Las dotes del cuerpo glorioso serán: Claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

La *claridad* que consiste en cierto resplandor y hermosura... La *agilidad* en la facilidad de trasladarse de un punto a otro, corriendo en breve tiempo las distancias más lejanas...; la *sutileza* con la que podrá pasar a través de los cuerpos sin dificultad alguna y penetrar en todos los lugares y la *impasibilidad*, gran privilegio, por el cual, sin carecer de sensaciones propias, no sentirá cosa alguna que le pueda molestar y menos des-

truir. Será inmortal e incorruptible y no estará sujeto a las necesidades físicas de sueño, hambre, fatiga, etc. Como dice el apóstol: *«Se sembrará en la corrupción, y resucitará incorruptible»*.

Medios para ganar el cielo

1.° Es preciso desearlo. Como es natural, éste es el primer medio. San Agustín siguiendo al salmista nos da ejemplo al decir: «¿Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios, para verle en la bondad de sus elegidos, para regocijarme en la alegría de su pueblo y para que Él sea alabado en su herencia? ¿Cuándo veré aquella ciudad?... ¡Oh ciudad santa, ciudad bella! yo te saludo de lejos y clamo a ti; pero me detienen los lazos de la carne»...

San Pablo, al ver que se acerca el fin de su vida terrena, escribiendo a su discípulo Timoteo le dice: *«He combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe. Sólo me resta esperar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor, que es el justo juez, me ha de dar en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos aquellos que desean su venida»* (2 Tim. 4,7-8).

El mismo apóstol al escribir a los filipenses les dice que *«el morir es una ganancia para él»* porque así podía estar definitivamente unido a Cristo: mas no sabe qué preferir, si morir o seguir viviendo en la tierra, pero sólo en atención al bien de su evangelización... (Fil. 1,21 ss).

Santa Teresa de Jesús refleja también en sus

poesías sus aspiraciones de vida eterna, y así dice:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Y San Agustín nos dice: «Si es tan dulce esperar el cielo, ¡cuánto más lo será poseerlo!».

Tengamos presentes estas palabras de San León Magno: «Que las cosas perecederas no ocupen a los que están destinados a las cosas eternas».

2.º Medio para llegar al cielo es practicar la pureza. *«¡Bienaventurados los que tienen puro el corazón,* dice Jesucristo, *porque ellos verán a Dios* (Mt. 5,8). *«Nada manchado podrá entrar en el cielo»* (Apoc. 21,22).

El apóstol San Pablo dice: *«Jamás poseerán los impúdicos el cielo»* (Gal. 5,21) y *«jamás la corrupción poseerá la herencia incorrupta»* (1 Cor. 15,50).

«Los hijos de este siglo, dice Jesucristo, *contraen matrimonio recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la dichosa resurrección de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, porque no podrán ya morir otra vez, siendo iguales a los ángeles e hijos de Dios, por el estado*

de la resurrección a que habrán llegado» (Lc. 20,34-36).

«¿Quién subirá al monte del Señor», pregunta el salmista, o *¿quién podrá estar en su santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón...»* (Sal. 24,3- 5).

3.^er Medio: Es necesario hacerse violencia... vencer y perseverar. Jesucristo dice: *«El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a sí mismos, son los que la arrebatan»* (Mt. 11,12). Se llega al cielo haciendo violencia a las pasiones, y para vencer es necesario nuestro esfuerzo personal con la gracia de Dios, como decía San Pablo: *«No yo (solamente), sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor.15,10).

Es costoso vencer las pasiones, pero no nos engañemos, no vivamos confiados. Empecemos por hacer violencia a nuestro cuerpo, combatamos sus vicios, dice San Ambrosio, procuremos reinar sobre nosotros, si queremos apoderarnos del reino del Salvador...

El reino de los cielos quiere ser ganado por asalto, y sólo los que así lo toman llegan a enseñorearse de él. El cielo está alto, el camino es estrecho, espinoso; lleno de peligros y de enemigos, está escarpado... Mirad lo que han hecho los mártires... Es preciso imitar al soldado que da el asalto... *«Esforzaos*, dice Jesucristo, *por entrar por la puerta estrecha, porque el camino de la perdición es el ancho...»* (Mt. 7,13-14; Lc. 13,24).

Esforzaos, esto es, armaos, corred, apoderaros

de la ciudad eterna, no dejéis de luchar hasta que hayáis llegado al puerto de la felicidad suprema.

«El que perseverase hasta el fin, se salvará» (Mt. 24,13). *«Sé fiel hasta la muerte, dice el Señor, y te daré la corona de la vida eterna»* (Apoc. 2,10).

4.º Medio: Ser paciente e imitar el ejemplo de los santos. *«Mediante vuestra paciencia*, dice Jesucristo, *salvaréis vuestras almas»* (Lc. 21,19). En los Hechos de los Apóstoles leemos que San Pablo fortificaba a los discípulos y les exhortaba a la perseverancia, porque, decía, debemos entrar en el cielo por muchas tribulaciones (14,21).

Es preciso estudiar los ejemplos que nos han dado los Santos y sobre todo los mártires, que sufrían gustosos los tormentos por Jesucristo porque esperaban que sus almas a los pocos instantes iban a gozar de la gloria de Dios.

«¡Qué bien tan grande, dice San Agustín, es el cielo, que la esperanza nos asegura! Es glorioso merecerlo, y dulce poseerlo, puesto que, para merecerlo, los mártires desprecian las órdenes injustas de sus perseguidores, y no temen a la espada, ni al fuego, ni a la muerte más cruel» (Lib. de Civit).

5.º Medio: Usar del mundo como si no usáramos de él. Mientras nos veamos precisados a vivir en el mundo, nos hemos de considerar como extraños y peregrinos, pues nuestra verdadera patria es el cielo.

«Mientras nos veamos precisados a vivir en el

mundo, nos hemos de considerar como extraños y peregrinos, pues nuestra verdadera patria es el cielo.

«El tiempo es corto, los que gozan del mundo viven como si no gozasen, y los que usan de él, vivan como si de él no usasen, porque el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor.7).

Pablo Orosio, amigo de San Agustín, decía: «Yo me sirvo en este momento de la tierra, pero no como si fuera mi patria, la que yo estimo, no está aquí. No me he aficionado a nada, y creo poseerlo todo, cuando Aquel a quien amo está conmigo: siempre está el mismo al lado de todos y no abandona a nadie; se halla en todas partes, y todo le pertenece».

Es preciso ir muriendo para el mundo y vivir para Dios, es necesario meditar lo que es el cielo:

El Santo Padre y Doctor de la Iglesia San Cirilo de Jerusalén, dice en una de sus catequesis: «Levantad los ojos al cielo, vivid de su recuerdo, como viajero que allí se dirige; sean vuestros actos y vuestros pensamientos dignos del cielo; sea éste el fin de vuestros esfuerzos, de vuestras miradas y de vuestros deseos. Cuando se presente alguna cosa penosa, cuando la tentación os mortifique, cuando una cruz pesada os agobie, echad una mirada a la ciudad celestial, y decid: Sufriré todas las pruebas y saldré victorioso de ellas por más grandes que puedan ser. Así se va al cielo».

Es esencial «saber sufrir» y no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento que es muy grande, pues *«si padecemos juntamente con*

Cristo, con El seremos glorificados» eternamente (Rom. 8,17).

Las cruces de esta vida, que no nos han de faltar, se hacen llevaderas con el pensamiento del cielo, pues es hermoso saber que *«los sufrimientos de esta vida son insignificantes con relación a la gloria que nos espera»* (Rom. 8,18-28).

(Para conocer mejor el valor del sufrimiento recomiendo al que lo estime conveniente, estos dos libros míos: *«Lágrimas de Oro o Problema del dolor»* y el *«Catecismo sobre el dolor»*.

No olvidemos que el pensamientio del cielo reanima el valor abatido, hace perseverar a los buenos, y lleva el arrepentimiento al corazón del pecador...

6.° El desprendimiento y la limosna. Entre los medios más eficaces que tenemos para ganar el cielo son el desprendimiento del corazón de las riquezas y hacer obras de caridad, pues por ellas Dios nos tiene preparado el cielo, y así nos lo dice Jesucristo:

«Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; desnudo y me vestisteis... Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber?... Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a Mi me lo hicisteis... » (Mt. 25,34-46).

De aquí que nuestra dicha terrena esté en venerar en los pobres, en los enfermos, en los que sufren..., a Jesús, porque El se esconde bajo el harapo de los pobres y necesitados, ya que El dice: *«lo que hacéis a uno de éstos, a Mi me lo hacéis»* (Mt. 25,40).

San Juan Crisóstomo comenta: «Jesucristo quiere que le alimentéis; quiere que le deis vestidos para vestiros. Despreciad, pues, el dinero para no ser despreciados; para llegar a ser ricos, dad con largueza; para recoger, sembrad a imitación del labrador...».

«Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo de limosnas, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres» (Tob. 7,16). San Agustín afirma que el rico no puede salvarse sin la limosna. Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo».

* * *

En las Escrituras santas leemos:

—*«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones los horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón»* (Mt. 6,19-21).

— *«A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de*

buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con qué alcanzar la verdadera vida» (1 Tim. 6,17-19).

— «Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón» *(Sal. 62,11).*

— «Teniendo con qué comer y vestir, ya debemos estar contentos» *(1 Tim. 6,8).*

— *«Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura»* (Mt. 6,33).

— *«Mejor es dar limosna que acumular tesoros; pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado»* (Tob. 12,4-7 ss).

— *«Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante el hermano... Este es el ayuno que yo quiero»* (Is. 58,7 ss).

(No hagas limosnas con deseo de ser visto): *«Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea oculta. Y el Padre que ve lo oculto, te premiará»* (Mt. 6,2-4).

— *«El que da al pobre, no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes* (Prov. 28,27).

— *«Haced limosna y no apartéis vuestro rostro del pobre, sea quien fuere. Sé tan afable con los pobres como sea posible. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, da poco, pero de buena gana»* (Tob. 4,7 ss).

— *«Hijo mío, no prives de su limosna al pobre, ni separes de él tu mirada. No desprecies al que*

tiene hambre, y no entristezcas al pobre en su miseria» (Eclo. 4,1-2).

— *«No olvidéis la hospitalidad* (Heb. 13,2). *No os olvidéis de ser bienhechores, y de dar parte de lo que tengáis a los que nada tienen; con semejante sacrificio nos haremos amigos de Dios* (Heb. 13,16).

— *«Hemos de aliviar al pobre con alegría (Rom. 12,8).* Hijo mío *—dice el Eclesiástico—*, no mezcles reprimendas con la limosna que des, ni acompañes a tus favores palabras frías y amargas *(18,15). (Las palabras consoladoras son la sal de la limosna.)*

— *«Dad a los pobres según podáis (Eclo. 14,13).*

* * *

El cielo lo hemos de conquistar con el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, aspirando a los imperecederos y eternos. «Dad al que os pida», *dice Jesucristo (Mt. 5,42). El rico del Evangelio dice* «Echaré abajo mis graneros para construir otros mayores y amontonaré los bienes y los frutos que me pertenecen, diciendo a mi alma: alma mía, tesoros inmensos tienes que te bastarán por muchos años; descansa, come, bebe y alégrate. ¡Insensato! Esta misma noche te pedirán tu alma; y ¿de quién serán ya las cosas que tienes?» *(Lc. 12,18-20).*

Comenta San Basilio: «¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos».

Algunos dichos de Santos Padres de la Iglesia

— La limosna es el camino real que conduce pronto al cielo... El que hace limosna pone su fortuna en lugar seguro; por medio de los pobres la coloca en el cielo... De todas las artes la limosna es la más lucrativa (S. Juan Crisóstomo).

— La limosna nos asegura la posesión del cielo... El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás (S. Ambrosio).

— Si tenéis más de lo necesario para comer y vestir, dadlo y saber que lo superfluo no es vuestro y debéis consagrarlo al sostenimiento de los pobres (S. Jerónimo).

— ¿Os inquietan los tesoros? Dadlos a los pobres, y los volveréis a encontrar en el cielo, en donde están completamente seguros... Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro (S. Agustín).

— No se encierre vuestra alma en un vil metal, elévese, al contrario, al cielo (S. Jerónimo).

— ¿Quién es el verdadero rico? El que nada desea. ¿Quién es el verdadero pobre? El avaro... El que quiera ser rico en Dios no amontone dinero.

— Así como el grano de trigo arrojado en el surco da beneficios al labrador, el pan que se da al menesteroso reditúa el ciento por uno... El que os ha dado bienes os pide la limosna por boca de los pobres; prestadle y os será ventajoso... El pan

que retienes es del hambriento; el vestido que guardas en el arca es del desnudo; el calzado que se apolilla y el dinero que encierras, es del necesitado... (San Basilio).

— Las riquezas de la tierra no son verdaderas riquezas. ¿Qué son estas riquezas que os hacen recelar hasta de vuestro criado, sospechando que os las quite, os asesine y huya? Si fueran verdaderas riquezas, os darían seguridad (S. Agustín).

— Dios reconoce la imagen de su bondad allí donde encuentra el cuidado de los pobres (S. León Magno).

— No deje nunca de caer de vuestras manos la limosna; no la deis una vez, dos veces, tres veces, ni cien veces, sino siempre... He aquí un cambio que puede trocarse en negocio; dad pan, y recibiréis el paraíso; dad poco, y recibiréis mucho; dad lo que es perecedero, y recibiréis lo eterno» (S. Crisóstomo).

El pobre es, en verdad, quien alarga una mano suplicante; pero Dios es quien recibe (S. Juan Damasceno).

— Siempre experimento que, lejos de empobrecer, la limosna enriquece; pues cuanto más doy, más medios me envía Dios (San Juan, el Limosnero).

— La verdadera limosna consiste en dar de modo que sintamos alegría en aquel acto, y nos consideremos más bien como agraciados que como protectores; porque menos favor hacemos a los pobres que a nosotros mismos, si se considera que recibimos de los que damos (S. J. Crisóstomo).

— Si podéis dar, dad; si no podéis, manifestaos afables. Dios recompensa la bondad de corazón del que nada tiene que dar. Nadie diga, pues, que no tiene; la caridad no necesita bolsa (S. Agustín).

— Jamás ha empobrecido la limosna; por el contrario, siempre ha enriquecido. Todo lo que se da al pobre, vuelve a recobrarlo el donador con usura (S. Basilio).

— Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (San Clemente de Alejandría).

— Sin misericordia para los pobres es imposible conseguir misericordia (S. Cipriano).

— Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas en el mal (S. J. Crisóstomo).

— Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las recoge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (S. Clem. A.)

Dichos de algunos filósofos

— Desnudo he venido a la luz del día, y desnudo la dejaré; ¿para qué he de sudar en vano, viendo que la muerte no me dejará nada? (Filósofo Luciano).

— ¿Quieres ser rico?, pues no te afanes en aumentar bienes, sino en disminuir tu codicia (Epicuro).

— La avaricia hace odioso al hombre, la liberalidad lo hace amable (Boecio).

— Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿Qué quieres que te diga?... Si te digo: «Dásela a tus parientes», no tendrás recompensa alguna. Si quieres oírme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes (un eremita).

— Muchos son los parientes del dinero, y no del rico (Isócrates).

— El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitre que vuela alrededor de un cadáver (Séneca).

— Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, a quien no le va nada en los negocios del mundo..., porque aquí no tienes domicilio permanente (Kempis).

— El que da pronto, da dos veces (Luciano).

— Si queréis hacer bien, hacedlo pronto, porque todo retraso malea el beneficio (Demócrito).

— Monstruo ordinario es la avaricia de los ricos.

— El que se apropia de lo que le dieron para distribuirlo es en cierta manera un ladrón.

— El avaro donde tiene el tesoro, tiene el entendimiento.

— La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero.

— La caridad une a los hombres, el egoísmo los separa (Aparisi).

— Sé desprendido. «La avaricia rompe el saco», y «quien más tiene más quiere» (refrán). ¿Para quién amontonas?

— La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos... La avaricia es un pecado capital, fuente de muchos pecados... y causa de desavenencias.

— La avaricia es un pecado grave, por cuanto la Escritura Santa dice: *Ni los avaros poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6,10).

— Aristóteles dijo: «Los avaros obran como si jamás debiesen morir; porque nada dan, y todo lo conservan». Tú piensa que has de morir y acaso muy pronto y así empezarás a dar a los necesitados y a ser desprendido.

¿Cómo podrán los ricos hacer bien y conquistar el cielo?

Esto lo podrán lograr valiéndose de sus riquezas.

Jesucristo dice que los ricos con dificultad se salvan (Mt. 19,23), y es por tener el corazón demasiado apegado a las riquezas y vienen a ser incapaces de comprender y gustar las cosas del cielo.

¿Sabéis para qué se nos dan las riquezas? San Agustín contesta así: «Buenos son el oro y la plata, no porque nos hacen buenos, sino porque sirven para obrar el bien?

Las riquezas como don de Dios son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal de las riquezas. La Biblia maldice sus abusos y también a los ricos que las retienen y se compla-

cen en ellas (Is. 15,8; Amós 6,4 ss)... La riqueza es una idolatría (Mt. 6,24; Col. 3,5)...

Jesucristo llama «espinas» a las riquezas (Mt. 13,22), porque lastiman nuestra alma al clavarnos con los pensamientos que sugieren, que atormentan al arrastrarnos al pecado... Ellas sofocan la palabra divina..., y son manantial de placeres y de crímenes...

Las riquezas, como hemos dicho, no son en sí pecado, pero, como dice San Juan Crisóstomo, «es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas en el mal».

Viendo que tenemos lo necesario para comer y vivir, debemos ser desprendidos y saber darle cauce a nuestras riquezas.

«Cuando están escondidas las riquezas, dice San Crisóstomo, rugen como leones, y todo lo destruyen. Por el contrario, si las sacáis de su escondrijo, y las exponéis a la luz del día, entregándolas a los pobres, se convertirán de fieras en corderos, de escollo en puerto, y en vez de naufragio hallaréis la tranquilidad.»

San Basilio nos da este consejo: «No seáis, pues, como el avaro. Dad salida a las riquezas, como se da paso al río caudaloso dividiéndolo en pequeños cauces para que riegue la campiña, haced que vuestras riquezas discurran también por distintos caminos y lleguen a la casa de los pobres.

El pozo del que continuamente se saca el agua, la mana siempre cristalina; si se la deja en reposo constante, se corrompe. Esa es la imagen de las riquezas, que atesoradas son inútiles, pero

cuando se las mueve y pasan de unos a otros producen la comodidad y el bienestar común. Los hombres te alabarán, y sus alabanzas no serán sino un prólogo de las que ha de tributarte Dios.»

Séneca dice: Podemos decir que los ricos tienen riquezas, como decimos que tenemos calentura; en tanto que la calentura es la que nos tiene. Deberíamos, pues, decir de los ricos: las riquezas los tienen, los atormentan, los crucifican. El rico que creéis dichoso, se queja muchas veces, es desgraciado, suspira, gime y sufre: varios van detrás de él, como las moscas siguen la miel (Epist. 119).

«La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados...». «El que tenga mucho, que dé mucho; y si poco, dé poco; pero de buena gana.»

Maneras de dar: Hay varias: *dar simplemente*, para salir del paso, sin mira alguna sobrenatural; *dar-negando* «te doy esto, pero no debería dártelo», y es como si no se diese nada, porque ni Dios ni el prójimo lo agradece; y *dar-dando*, o sea, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio, lo que equivale a dar dos veces.

Hemos de pensar que al honrar al pobre honramos al mismo Jesucristo (Mt. 25,40). Recordemos el dicho de San Agustín: «El rico no puede salvarse sin la limosna. Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo.»

Haceros limosna a vosotros mismos

Esto es lo primero y principal, el empezar por hacernos limosna a nosotros mismos. Y ¿cómo? San Agustín dice: «¿Cómo podréis ser misericordiosos con los demás, siendo crueles para vosotros mismos? Tened lástima de vuestra alma, tratando de agradar a Dios. La penitencia —el arrepentimiento y confesión de nuestros pecados— es una limosna que hemos de hacernos; y aquel cuya caridad está bien ordenada, empieza por ocuparse de sus propias necesidades. Así es que cualquiera que se arrepienta de sus pecados hará a su alma una gran limosna.»

El mismo San Agustín también dice: «La limosna está ante la puerta del infierno; y no consiente que baje el que la ha hecho», y el profeta Daniel nos dice: *«Rescatad vuestros pecados con la limosna»* (4,24). Ella nos moverá a su vez a ser mejores.

Jesucristo pronunció un día antes estas palabras: *«Haced limosna y todo será puro en vosotros»* (Lc. 11,41).

Así, pues, la limosna perdona los pecados veniales y la pena de los mortales; dispone a la remisión de estos últimos y los destruye realmente, haciendo limosna con arrepentimiento de los que se han cometido.

La limosna purifica los pecados (Prov. 15,27). *«La limosna libra de la muerte, y ella es la que lava los pecados, y hace hallar misericordia y la vida eterna»* (Tob. 12,9). El ángel dijo a Tobías: *«Excelente es la oración unida a la limosna»*.

Tengamos presente el dicho de Jesucristo: *«Mayor dicha es dar que recibir»* (Hech. 20,35). ¡Dichosos los que van experimentando esta felicidad al repartir sus bienes en obras que miran a la gloria de Dios!

Al pobre hemos de hacer limosna, no sólo material: el pan, la leña, el vestido..., sino también la espiritual, que es más preciosa: perdonar una injuria recibida, enseñar al que no sabe, instruirle en el bien, darle buen ejemplo... ¿No encontráis pobres? Visitar barrios pobres, los hogares más humildes, informaos..., ver casas de beneficiencia, las misiones..., a través de «Cáritas diocesana», de párrocos, etc.

Dios nos ha ofrecido el cielo por las obras de caridad (Mt. 25,31 ss). Cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad...

Seamos, pues, compasivos con los necesitados, y seamos desprendidos haciendo las limosnas que están a nuestro alcance y así seremos felices ya aquí en la tierra, y mediante ellas lograremos el cielo, que Dios ha prometido a los que le sirven y le aman.

INDICE

Presentación 3
Breves reflexiones: 5
¿Quién soy yo en la actualidad? 5
¿Qué anhela el hombre en este viaje sobre la tierra? 6
No hay duda. ¡La felicidad existe! 7
¿Resucitaremos todos? 10
¿Existe el cielo o vida eterna? 14
La diferencia entre el cielo y la tierra 17
Medios para ganar el cielo: 20
1.º Es preciso desearlo 20
2.º Practicar la pureza 21
3.º Hacerse violencia..., vencer y perseverar 22
4.º Ser paciente e imitar el ejemplo de los santos 23
5.º Usar del mundo como si no usáramos de él 23
6.º El desprendimiento y la limosna 25
Dichos de los Santos Padres de la Iglesia .. 29
Lo que nos dicen las Sagradas Escrituras ..
Dichos de algunos filósofos 31
¿Cómo podrán los ricos hacer bien y conquistar el cielo? 33
Haceros limosna a vosotros mismos 36

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)........
La Biblia Ilustrada Compendiada....................
La Biblia más Bella................................
La Biblia a tu alcance.............................
Curso Bíblico Práctico.............................
Catecismo de la Biblia.............................
Historia Sagrada o de la Salvación.................
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original).................
Tesoro Bíblico, Teológico..........................
Evangelios y Hechos Ilustrados.....................
Jesús de Nazaret...................................
Dios te Habla (libro bíblico)......................
El Catecismo Ilustrado.............................
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)..........
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos..............
Tesoro del Catequista: Astete explicado............
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo).........
Bautismo y Confirmación............................
Catequésis Bíblicas................................
¿Existe Dios?......................................
¿Existe el Infierno?...............................
¿Existe el Cielo?..................................
¿Quién es Jesucristo?..............................
¿Quién es el Espíritu Santo?.......................
¿Por qué no te confiesas?..........................
¿Por qué no vivir siempre alegres?.................
¿Seré Sacerdote?...................................

Para ser Santo....................................
Para ser Sabio....................................
Para ser Feliz....................................
Para ser Apostol..................................
Para ser Católico Práctico........................
La Buena Noticia..................................
La Caridad Cristiana..............................
La Bondad de Dios.................................
La Santa Misa explicada...........................
La Virgen María a la luz de la Biblia.............
La Penitencia, qué valor tiene....................
La Formación del Corazón..........................
La Formación del Carácter.........................
La Reforma de una Parroquia.......................
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)....
La Senda Desconocida (La virginidad)..............
La Cruz y las cruces de la vida...................
La Religión Verdadera y las diversas sectas.......
La Edad de la Juventud............................
Los Diez Mandamientos ¿Qué valor tienen hoy?.......

MUY IMPORTANTE

Todos estos libros se venden muy baratos en casi todas las librerías religiosas, y también se mandan por correo a reembolso si se piden a la siguiente dirección: